

MONSEÑOR CARRASQUILLA

Hace dos años en esta misma fecha el pensamiento católico sufrió una pérdida irreparable con el fallecimiento de Monseñor Carrasquilla, eminente filósofo, orador insigne, ejemplar pedagogo. La desaparición de esta vigorosa figura intelectual coincidía con un cambio político de trascendencia en la marcha de la República y con la inevitable acentuación de la aguda crisis, que nos abate y que tan innúmeras consecuencias va desenvolviendo en el orden económico, en el de la moral y en el de las ideas.

La vida de Monseñor Carrasquilla, tan firme y calurosamente delineada por nuestros afamados escritores y alumnos amigos como Gómez Restrepo, Carlos Lozano, Camacho Carreño, Mora, Serrano Blanco, Saavedra Galindo, Julio César García y otros, ofrece las más variadas fases, que lo colocan entre los hombres superiores, en posición destacada, de rasgos valiosos, inconfundibles y atrayentes.

Inclinado por vocación a las disciplinas eclesiásticas y subyugado por el fulgor del apostolado, educacionista, acarició desde temprana edad los mejores propósitos encaminados a realizar una fecunda labor sacerdotal y docente dentro de las enseñanzas cristianas y por guía invariable a Santo Tomás de Aquino, el Ángel de las Escuelas. Su misión de ministro de Dios se ejemplarizó con sus virtudes acrisoladas, y tanto Chía, diminuta población de la Sabana, como el nutrido barrio de Egipto y la catedral de Bogotá, fueron testigos de sus prédicas saludables y de su acción benéfica. Convinco de que las armas que la Providencia puso en sus manos incontaminadas eran para combatir el error y edificar el templo de la verdad, su verbo flamígero encendió las almas en creencias profundas y obtuvo laureles de triunfo y palmas de consagración. Contra

la ignorancia religiosa y contra el racionalismo polimorfo, que desechaba la fe por considerarla esclavitud del espíritu, se dirigió enérgicamente la palabra de Monseñor Carrasquilla, y penetrado de su valer y de la misión predicante, buscó el campo de la pedagogía para ejercitar más holgadamente sus grandes facultades en favor de las inteligencias juveniles. Desde el claustro histórico del Rosario, cuna de las libertades colombianas y amparo de los fueros de la verdad y del patriotismo, pudo Monseñor Carrasquilla desarrollar el vasto plan de aspiraciones pedagógicas y demostró plenamente las capacidades que la naturaleza prodigó en su cerebro, preparado, como pocos, para las actividades intelectuales, ora en el sector de la disertación filosófica o en el de la didáctica, ora en el campo de los estudios científicos y literarios.

Sus antiguos alumnos y todos los que recibimos el jugo de sus lecciones, no podremos nunca olvidar la fuerza de su poder razonador y la claridad meridiana de su palabra docente. Y ¿quiénes de los que tuvieron la satisfacción de oír las oraciones fúnebres, los clásicos panegíricos, los discursos académicos del egregio sacerdote, podrán, acaso, olvidar la impresión dominante e irresistible que ejercía en los corazones? El verbo elocuente del doctor Carrasquilla, original, modelador de frases cáidas de emoción y de ciencia, parecían diamantes engastados en el oro cobrizo de una prosa cervantina, rica en imágenes y de períodos redondos, con cabrilleos de Lacordaire y relámpagos de Bossuet.

Sin deseos de alargar este escrito, que dedicamos a su memoria, ni abarcar el luminoso radio de tan intensa vida, nos limitamos a consignar aspectos filosóficos y pedagógicos de la carrera brillante del Rector del Rosario. El doctor Carrasquilla fue, sin duda, un filósofo de orientación definida y de serenas convicciones. Aceptando como lógica la división en dos las catego-

rías de las numerosas escuelas filosóficas que han agitado el pensamiento humano: los tradicionalistas, de doctrinas fundamentales, y los creadores de doctrinas eclécticas y esotéricas, el doctor Carrasquilla podría clasificarse en la primera, en la cual las bases dilatadas y de raigambres seculares, ofrecen fortalezas seguras para la defensa de los conocimientos adquiridos y ocasión propicia para conciliar los viejos con los nuevos conocimientos integrándolos en síntesis armoniosas. Impregnado del diario ejemplo de su padre, celoso educador, dirigió su pensamiento hacia el idealismo filosófico, que había conquistado prestigio indiscutible entre los hombres pensantes de su época, en contraposición al positivismo imperante en casi todas las universidades de América, hasta llegar, como llegó, al abrazo estrecho y definitivo con la doctrina de Santo Tomás, cristalizada en *Aeternis Patris* de León XIII y tan bellamente expuesta, con el correr de los días, en las conferencias de *Metafísica y Ética* del Rosario, a semejanza de las de aquel apóstol de la paz y del saber tomista que se llamó el Cardenal Mercier. Sin invadir el terreno de la libertad crítica, que ofuscó un instante la envidiable inteligencia del dominicano Padre Didon, Monseñor Carrasquilla no sólo en el púlpito sino en las aulas del Rosario, usó del lenguaje apostólico y del científico sin dar margen a suspicaces interpretaciones en materia de doctrina católica o tomista, y hacía ver y comprender que la filosofía del santo si bien aceptada íntegramente por sus discípulos y seguidores, no era una mansión creada sin resquicios por donde penetrasen los aires de la ciencia moderna que apartasen, dentro del orden del progreso, algunas sutilezas inadaptables a los adelantos de la época presente. No consideraba Monseñor Carrasquilla que el tomismo fuese acoplo de postulados rígidos y pedregosos ni fórmulas geroglíficas impenetrables al entendimiento, sino ciencia de la solución de los problemas por los justos medios entre erro-

res contrarios y conciliación de los estudios filosóficos con la teología. Así al menos lo explica en sus *Lecturas sobre el arte de educar*, y lo expone en su obra maestra *Metafísica y Ética*. En esta manera recuerda a Bousset.

A lo largo de su existencia y por todo el derrotero ideológico que marcaron los acontecimientos políticos del ciclo regenerativo en Colombia, el Ministro de Instrucción del señor Caro como el rector del Rosario del señor Holguín, resumió su saber en obras de propaganda lícita, sin salirse de los límites sacerdotales, en escritos de sabor tradicionalista, y cúpole, lo mismo que a Cortés Lee, su compañero de glorias, señalar la ruta que trazaron los maestros Núñez y Caro, bifurcada y tenazmente defendida por otro aspecto, por los Pérez, los Conto, los Uribe, en pugna de ideas y en lides políticas, cuyo eco lejano constituye la grandeza intelectual de la República.

Al tratar del educador el nombre de Carrasquilla nos trae a la memoria el del Padre Didon, a quien tuvimos el honor de conocer en las aulas del Colegio *Albert le Grand*, y cuyas huellas de luz perduran en el ambiente pedagógico de París. Las ideas de Monseñor Carrasquilla en materia de enseñanza unidas al pensamiento filosófico dominante armonizaban con el método de investigación, ajustado al proceso evolutivo del conocimiento en la época actual. «El maestro cristiano que descuida los progresos legítimos—decía él—de nuestros días, priva a sus enseñanzas de medios eficacísimos y cede a los pedagogos racionalistas una inmensa ventaja».

El espíritu del tiempo presente sorprendido a cada momento con los datos de la experiencia y de las innovaciones, inventa series de métodos educativos, y aunque algunos de ellos complementan los anteriores, sin sujetarse a ellos, porque los presentía. Monseñor Carrasquilla abordaba las complejidades de la vida infantil y juvenil y se le veía que su punto de vista

coincidía con el del niño, que por lo general tiene su manera de razonar, peculiarmente, y asume actitudes diferentes y ciertas características mentales y físicas. Basado en su propia experiencia quiso formar un ambiente rosarista, definido, que siempre mantuviera presente el estudiante aun después de abandonadas las aulas. Parecía aplicar reglas al sentimiento sujetándolo a la idea, según el criterio de Didon, cuyas frases pedagógicas en nuestro sentir forman doctrina. «No hay que vacilar en inclinar la razón y la inteligencia del niño hacia aquello que lo ha emocionado y atraído». Buscaba la unión cariñosa y respetuosa del maestro con el joven y le daba importancia especial a la combinación de la enseñanza entre diferentes materias, como «estudiar puntos filológicos con ocasión de términos geográficos», «amar el arte con el culto a la verdad» y en cuanto a estudios superiores Monseñor Carrasquilla no dispensaba el latín o el griego y la filosofía, pues son las bases de las profesiones bien cimentadas. Durante el tiempo de su rectorado, el doctor Carrasquilla puso excepcional esmero en el ensanche del material del Instituto, de suerte que respondiera al pensamiento de su fundador y a las sabias constituciones que lo rigen. Realizados sus propósitos, el Colegio, con nuevas dependencias, ostenta la bandera del progreso al amparo de un régimen pedagógico, digno de la cultura colombiana.

Como Caro, como Suárez, amó Monseñor Carrasquilla a la patria, fervorosamente, con la efusión que le inspiraba su conciencia de ciudadano, y porque en sus venas corría sangre patricia de estirpe republicana y democrática. Cuando la pérdida de Panamá, le oímos exclamaciones de auténtico patriota. Pudo él en aquellos instantes de angustia nacional, lanzar la expresión que a un grande educador francés, le produjo la derrota de sus caros ideales: «El gran dolor de mi vida es el de ver la derrota de lo que yo más amo en la vida, mi

patria, pero confío en que la generación que educo no será una generación de vencidos sino de vencedores». Quien profirió estas hermosas palabras no vio el triunfo de su patria en los años sucesivos. Si la victoria de Monseñor Carrasquilla no se cataloga entre los triunfos materiales de las armas, si puede contarse entre los triunfos espirituales de mayor trascendencia en la marcha del país a la meta de sus destinos. Las ideas constructoras sembradas por su mano de apóstol, han dado los frutos que él esperaba. Implantó la verdadera enseñanza y adivinando el porvenir de una pedagogía más conforme con el espíritu de la época formó en las falanges juveniles que comandaba una conciencia libre dentro de una disciplina nacional auxiliada por el necesario principio de autoridad.

Fue el doctor Carrasquilla un varón de intachable limpidez en sus costumbres sacerdotales, modesto en su vida privada, tolerante y benévolo, recto en el ejercicio de sus funciones, firme ante el error.

Presente tenemos su porte erguido que indicaba el sentimiento de la dignidad. No se olvida jamás su cabeza grave y el mirar escrutador y pocos hombres suelen ser favorecidos con un timbre de voz tan claro y una dicción tan nítida. Era un orador. Era un evangelista. Era un sabio. Quiera Dios que su inteligencia desde el otro horizonte continúe velando por Colombia y por la juventud de ahora que será la fuerza del mañana y por quien su pensamiento se preocupaba intencionalmente a la vista de una bancarrota moral que avanza a la par del desquiciamiento económico del mundo.

TEODOSIO GOENAGA

Santa Marta, marzo 18, 1932.

